

# ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO III.—NÚM. 147

Madrid, 16 de Noviembre de 1922

PRECIO: 15 CÉNTS.

## EL INFIERNO

**Y** CUANDO el Hijo del hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con Él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria. Y serán reunidas delante de Él todas las gentes."

Así comienza Jesús la descripción del Juicio Final, de todos conocida. Sus palabras, claras y terminantes, indican que vendrá un día en que todos habremos de ser juzgados por Él y en que cada uno recibirá la recompensa o castigo que mereciere.

No creer esto, no esperar que habrá un Gran Día en que triunfará y brillará definitivamente la justicia que aquí en este mundo se ve con tanta frecuencia menoscabada, sería lo mismo que decir que tanto monta ser un pillo como un hombre honrado, violador como protector, usurero como generoso, abnegado como egoísta; y eso repugna a la conciencia. Vemos, pues, que el mismo sentido moral del hombre presente y reclama lo que la revelación de Dios confirma: que el mal que aquí no se ve castigado y la virtud que aquí no halla su recompensa recibirán finalmente el castigo o premio que merecen.

Del hecho del Juicio no cabe duda alguna. De la capacidad del Juez y de su amor a la justicia, tampoco. Nadie como el Hijo del hombre para juzgar a los hombres y saber si hubo falta o hubo impotencia, si no quisimos o no pudimos, si somos responsables o irresponsables. Los hombres no miramos más que lo que está delante de nuestros ojos; pero Él ve el corazón y no habrá hipócrita que pueda engañarle. ¡Y cuántas sorpresas no habrá aquel día! ¡Cuántos

que nosotros esperábamos ver a la derecha estarán a la izquierda, y viceversa! El Juez no se dejará engañar por apariencias ni palabras. El ¡Señor! ¡Señor! no valdrá para nada. Y es curioso notar

La ley de la herencia, el haber rechazado el Evangelio por no haber visto su encanto por culpa del que lo presentó, bien porque su conducta no correspondiera a sus palabras, o bien porque lo presenta-

ra bajo un prisma falso, como una religión de tristeza, ¿quién dice que acaso no sean éstas atenuantes para el Juez justo?

Lo cierto es que una vez tenidas en cuenta todas las circunstancias, el Juez dará su fallo, favorable o adverso, y que unos recibirán la vida eterna en tanto que otros serán condenados al tormento del infierno. Y es de la suerte de estos últimos de la que nos toca ocuparnos en este segundo artículo, dejando la consideración y el estudio de la suerte de los bienaventurados para un tercero y último.

Ahora bien, ¿qué

será el infierno? Al estudiar el asunto queremos hacerlo brevemente y con toda cautela y reverencia. Desde luego podemos descontar como igualmente falsas y sin base en las Escrituras las crueles visiones de Dante y las grotescas fantasías de los monjes de la Edad Media. Uno y otros, al tratar de aterrorizar a las gentes, no han conseguido en muchos casos más que hacerlos reír o llevarlos al escepticismo. Así como el trueno que retumba majestuoso en las montañas sobrecoge el ánimo, en tanto que el trueno imitado del teatro no mueve más que a risa, a pesar de todo su aparato y tableteo, de igual modo lo poco que en la Palabra de Dios se dice del infierno basta para llenar el alma de espanto mucho mejor que los tintes sombríos con que los hombres han querido



DANTE EN EL INFIERNO

(Cuadro de C. Plá)

que en la descripción de Jesús, los hombres no son juzgados por sus opiniones, teorías o concepciones de tal o cual doctrina o dogma, sino por sus obras, por la interpretación práctica que hayan dado a la religión: tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, etcétera.

Cada hombre será juzgado según la luz que recibió y el uso que hizo de ella. Las responsabilidades exigidas estarán en proporción con los talentos entregados. El que no conoció más que la ley moral, por la ley moral será juzgado. El que vio la luz del Evangelio tendrá que dar más estrecha cuenta que el salvaje que nunca oyó hablar de él. Y así, en todos los casos el Juez justo tendrá seguramente en cuenta todo lo que pueda resultar una atenuante o una agravante.



## SUMARIO

El Infierno (José Caraballo). — Una española en California (Carolina Marcial Dorado). — Un ejemplar raro de la Biblia. — El viaje de Arenales a América. — De actualidad. — Información Evangélica. — La fe de un herrero, novela, por José Moreno. — Esfuerzo Cristiano. — Domingo de la Prensa. — Escuela Dominical.



recargar el cuadro. ¿Qué será, pues, el infierno si no es lo que nos dicen poetas, monjes y pintores? Veamos lo que nos dice Jesús acerca del lugar de condenación. Observamos que Él lo llama la Gehenna, aludiendo al valle cercano a Jerusalem que servía de vertedero de la basura de la ciudad. En este lugar, que todo judío escrupuloso tenía buen cuidado de evitar, ardían de noche y día hogueras destinadas a quemar la inmundicia que allí se acumulaba y en la que bullían los gusanos. Y Jesús, usando un modo gráfico de expresión, llama al lugar de condenación la Gehenna y habla del «fuego que nunca se apaga» y del «gusano que nunca muere». ¿Quiere esto decir que en el infierno vaya a haber fuego y gusanos? ¿Es preciso tomar la figura al pie de la letra? Creemos que no, porque no comprendemos cómo fuego y gusanos iban a hacer presa en algo tan inmaterial como el espíritu. A nuestro entender, lo que Jesús quería fijar por medio de esta ilustración en la mente de los judíos era sencillamente que lo mismo que el fuego y los gusanos atormentan el cuerpo, un sufrimiento cuya índole no conocemos atormentará el espíritu de los condenados. ¿Será acaso el remordimiento? No es del todo ilógico suponerlo.

¿Será eterno el tormento de los malos? ¿Tendrá fin? La mayor parte de los cristianos interpretan los pasajes que tratan del particular en el sentido de que el tormento de los réprobos será eterno. Sin embargo, hay muchos cristianos sinceros y reflexivos que, apartándose de la ortodoxia tradicional, se resisten a creer en las penas eternas.

Para ello alegan que un Dios que es amor no puede castigar eternamente; que tal castigo no tendría por objeto la enmienda del pecador y que no teniendo ese objeto parece cruel; que Jesús, al usar la frase traducida «el tormento eterno» no pudo querer darle la significación que le dan la mayoría de los intérpretes, por no existir en arameo (que era el idioma hablado por Jesús) palabras equivalentes a las nuestras «eternidad», «eterno», etc.; que el término griego *αιωνιος* no siempre quiere decir eterno, y sí muchas veces se refiere a un tiempo limitado (cosa que reconocí un teólogo tan ortodoxo como Hodge, en su *Compendio de Teología*); que creer en las

penas eternas sería hacer el sufrimiento eterno como Dios; que aun en religiones no cristianas, como la de Zoroastro, se ve el triunfo definitivo del bien sobre el mal, en tanto que creyendo en las penas eternas, siguen eternamente, uno al lado del otro, el principio del mal y el principio del bien; que la frase de San Pablo «para que Dios sea todas las cosas en todos», parece indicar la armonía final del Universo, sin principios contrapuestos, etc.

Razones son éstas de peso y dignas de ser estudiadas y meditadas. Por otra parte, si bien el término «eternidad», que no existe en arameo, y la palabra *αιωνιος* que a veces se emplea para espacios de tiempo, dejan lugar a duda, no puede decirse lo mismo de las frases «el gusano que nunca muere», «el fuego que nunca se apaga». Además, para desechar la doctrina de las penas eternas es preciso, o bien creer en la aniquilación de los malos, cosa difícil, pues la idea de aniquilación es filosóficamente una de las más imposibles de concebir, ya que en el mundo físico no vemos ejemplo alguno de nada que se aniquile, y no vamos a creer que sea aniquilable un espíritu, que al fin y al cabo ha salido de Dios; o bien creer que los condenados tendrán

otra nueva oportunidad de creer, arrepentirse, enmendarse y justificarse, cosa que tampoco es creíble, pues, ¿qué nueva oportunidad podrá ofrecerse al que haya rechazado un amor como el de Cristo y un sacrificio como el suyo?

Por nuestra parte confesamos que sentimos simpatías hacia la idea de la restauración y salvación final de todos los hombres; pero, como acabamos de decir, creemos que ni aun el texto citado de San Pablo da base para sustentar esa doctrina, y reverentemente terminamos por inclinar la cabeza ante Dios y decir: «empero no mi voluntad, sino la tuya», en la seguridad de que el Juez de toda la tierra sabrá juzgar rectamente y encontrar la mejor manera de armonizar su amor con la justicia.

Entre tanto a los hombres no nos toca otra cosa sino aprovechar la oportunidad de salvación que hoy se nos presenta. Si habrá o no habrá otra, sólo Dios lo sabe y sólo Él debe saberlo. Su Palabra no nos autoriza para esperar, de modo que desperdiciar la oportunidad presente sería imitar la insensata conducta del jugador que todo lo arriesga al azar. «Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salud.»

JOSÉ CARABALLO.



## UNA ESPAÑOLA EN CALIFORNIA

MI viaje a California ha sido algo así como una excursión con la lámpara de Aladino en la mano, y al recorrer este país con sus tesoros y sus misterios, con sus grandezas y sus problemas, me ha servido de «sésamo» para abrir todas las puertas y recibir tesoros inestimables de cordial hospitalidad el decir tan sólo: soy profesora de español.

Me detengo en algunos puntos para dar una conferencia, aceptar una invitación de una ex discípula o estrechar con efusión la mano de una compañera, y en todas partes, sea la parada de unos días o de unos breves instantes, noto siempre que la conversación recae sobre el español, y que el interés en los países hispanos crece, se agranda, adquiere proporciones colosales; y siento justo orgullo al evocar el recuerdo de aquel rincón de la bella España, donde vi la luz primera, y di los primeros pasos, y balbuceé las primeras palabras en la gloriosa lengua castellana.

Para una española que siente, cual yo siento, el orgullo de mi raza, la grandeza del heroísmo hispano, la persistencia, el valor y la abnegación de los españoles, nada hay tan emocionante, tan intensamente conmovedor, tan excelsamente grandioso, como cruzar este país inmenso, pasando por esos áridos desiertos, en

cuya tierra seca y agrietada sólo crecen fibrosos cactus, y recordar que nuestros conquistadores cruzaron, sin intimidarse, esas ignotas arideces, y nuestros misioneros, arrojando toda clase de dificultades, implantaron allí el signo misericordioso de la cruz.

Las rústicas casas de adobe me recuerdan las casitas que conocí en el Sur de España, donde viven nuestros campesinos pobres y nuestros gitanos alegres.

Los indios que se acercan al tren en Las Vegas, Albuquerque, en Lamy y otros puntos para vender bagatelas, me hablan en español, en esa lengua que aprendieron sus tatarabuelos de aquellos colonizadores españoles, austeros e inflexibles, pero que se negaron a extinguir al indio y le hicieron su hermano.

Una vez atravesado ese desierto que me pareció interminable con toda su arena pedregosa y sus secos y retorcidos jaramagos, me encontré, como por encanto, en el Paraíso, en la región de luz y color.

Todas las flores meridionales, todas las bellezas tropicales se hallan reunidas en California. En los valles umbríos y en las colinas apartadas, las iglesias edificadas por los padres españoles con ladrillos, piedras, madera y hierro traídos de España, me demuestran que la vieja España



continúa custodiando el espíritu de esta región, tan floreciente, tan bella y tan española.

En efecto; no hay región tan netamente española en los Estados Unidos como la baja California, y hasta me parece que no hay región donde más se venere a España que ese Estado, donde los recuerdos que allí dejó mi patria son las reliquias más preciosas, los recuerdos más sagrados.

En esos valles, hoy día frondosos, plantaron los españoles los primeros olivos, los primeros naranjos, las primeras vides; allí enseñaron a los indios nuestros abnegados misioneros el amor a Dios y al prójimo, el uso del arado y el beneficio del riego.

Hoy día, los expertos norteamericanos han transformado esa árida región en un paraíso terrenal; pero en su practicismo han sabido retener el culto a la tradición y la admiración al pasado, y sienten afecto hacia las ruinosas misiones españolas, y se enorgullecen del Camino Real que allí construimos, y hasta perpetúan en sus ciudades, en sus calles, sus plazas y sus corazones, el honor a los héroes españoles y a la lengua de la madre España.

A veces, por el nombre de las ciudades y de las calles, me sería difícil determinar si estoy o no en una ciudad española: San Diego, San José, Santa Teresa, Santa Bárbara, Los Ángeles, y luego calle Figueroa, Alvarado, Serra, Coronado, Alhambra.

Las casas, blancas y con tejados rojos en su mayoría, tienen un grato aspecto español, y las flores que las rodean, perfumando el ambiente con sus dulces aromas y recreando la vista con sus alegres colores, sugieren a mi mente exaltadas visiones de la bella Andalucía y de la hermosa región valenciana.

En algunos lugares apartados y solitarios aún suenan las campanas españolas de tonos sonoros y profundos, esas hermosas campanas que tocan al amanecer y a la caída de la tarde, cuyo timbre argentino y vibrante repercute por la inmensidad del Continente, al que dió España vida.

El Camino Real es el mismo que edificaron los españoles: sólido, amplio, permanente, imperturbable. Por allí pasaron nuestros guerreros en sus briosos corceles; por allí caminaron nuestros misioneros, penitentes y descalzos, llevando el Santo Evangelio a los salvajes, confortando a los indios desvalidos; por allí caminan hoy día los vertiginosos automóviles americanos, y allí aterrizan los aeroplanos rápidos, sí, en ese camino construido por una raza de conquistadores y ascetas, por un pueblo aventurero, arrogante, pero magnánimo y valiente.

El entusiasmo por el español es allí inmenso. Se enseña español hasta en las escuelas elementales, y es la lengua moderna que cuenta con mayor número de adictos.

El número de maestros de español tam-

bién es muy crecido, y es notable ver que allí el español no se subdivide en dos clases: español y español comercial; allí el español es meramente español. Allí no se cotiza el valor de la peseta ni del peso, ni se mide tan sólo la riqueza de los países hispanos por la cifra a que ascienden sus exportaciones. Allí se estima la riqueza del espíritu de sus pueblos, y la intelectualidad de una nación tiene allí un valor indiscutible.

En la costa del Pacífico se quiere al español con un afecto que me conmueve, y ese es, en mi opinión, el secreto de su popularidad y de su permanencia.

En el Este de los Estados Unidos se pone en duda la utilidad y conveniencia de la enseñanza del español. Y personas hay tan obtusas, que estudian el mercado de España y de Hispano-América y pasan por alto el estudiar la vida española tal y como aparece en nuestra inmortal literatura. Pero no lo olvidemos, hubo pueblos comerciales que ya no existen y que hemos relegado al olvido; pero los pueblos intelectuales son ¡inmortales, eternos!

Un día en que me cupo en suerte dirigir la palabra en una asamblea de estudiantes, en la Universidad de California, se me recibió con prolongados aplausos. Yo estaba emocionadísima; ¿qué era aquello? Aquello no podía ser por mí. Yo no era nadie, yo no había descubierto a América, y en mi pobreza no tenía ni joyas que ofrecer a un nuevo Colón. Pero era española; eso es todo, señores... ¡española!

En confianza puedo confesaros, con ingenua sinceridad, que vale toda mi vida, todos mis esfuerzos, todos mis sacrificios, todas mis nostalgias, en esta vida de errante solitaria que yo vivo, apartada de los míos y de mi patria, el haber ido a California a escuchar esa ovación tributada a España, esos aplausos sinceros, que significaban que para ellos España era grande, inmortal, que su raza era una raza cuya historia llevaban escrita en el corazón y veneraban en el alma. Era un tributo a la madre patria, en cuya grandeza y porvenir tenían ellos fe; era una promesa de que su interés y su afecto hacia España eran inmutables.

Este es el mensaje recibido allí, y el recuerdo que endulzará mis horas y hará llevaderas mis dificultades. Ese el mensaje que de California os envío.

En mis horas de febril trabajo, en mis ratos de insomnio, cuando me preocupa la frialdad con que algunos aceptan la enseñanza del español o me entristece la falta de adecuada interpretación y apreciación que se hace de mi patria, aparecen ante mi mente cansada visiones del lejano Oeste, con sus casas indias de adobe en las arideces del desierto; las ruinosas misiones, con sus campanas de viejo y sonoro bronce, y creo oír entonces el ruido de briosos corceles, que cruzan el Camino Real guiados por jinetes que llevan armaduras españolas; y el dulce plañir de las campanas, templadas hace tres siglos allá en el corazón de España, y que

hoy día tocan al amanecer y a la puesta del sol en San Gabriel, en San Diego, en Santa Bárbara... y escucho, ensimismada, el eco lejano de esos aplausos tributados a España por mediación de una profesora de español, a quien el amable destino hizo también una mujer española.

CAROLINA MARCIAL DORADO.

## Un ejemplar raro de la Biblia.

Con motivo de un suelto recortado de algún periódico evangélico, que en el pasado número reproducíamos, recibimos la siguiente rectificación, que gustosamente y con gratitud al autor publicamos:

Señor Director de ESPAÑA EVANGÉLICA.

Mi distinguido y estimado amigo: En el número de nuestro semanario que acabo de recibir, veo un suelto que, evidentemente, contiene errores que convendría rectificar antes que algún adversario se aproveche de ellos en contra nuestra. Me refiero al titulado *Un ejemplar raro de la Biblia*.

Es muy posible que el ejemplar en cuestión interese a cuantos nos preocupamos de estos asuntos bibliográficos; pero dudo mucho de que reúna las condiciones allí expresadas, condiciones que no convienen con las de ninguno de los más raros ejemplares existentes de la Biblia.

Los ejemplares impresos más antiguos que existen en el British Museum, Biblioteca Nacional de París y Real de Stuttgart, no son de 1427, ni pueden serlo, por cuanto en ese año aún no se había inventado el arte de imprimir; son posteriores a 1450 y anteriores a 1456. Y conste que se trata del primer libro salido de las prensas del inventor Juan Gutenberg.

La denominación de *Biblia de Quentel* es otra cosa que no entendemos. Los ejemplares aludidos son ordinariamente conocidos por el nombre de *Biblia Mazarina* o de *Mazarino*, por haber sido descubierto el primero de ellos en la biblioteca de este nombre. No lleva fecha de impresión; pero en el ejemplar de París hay una nota manuscrita, en que el que la iluminó y encuadernó, Enrique Albech o Cramer, vicario de San Esteban de Maguncia, dice haber terminado su trabajo en 1456.

El lugar en que se imprimieron estos raros ejemplares fué Maguncia; Colonia no tuvo imprenta hasta unos diez años después, y la primera Biblia que allí se imprimió fué la editada por Ulrico Zell, en 1470. Antes de 1470 se habían hecho ya varias impresiones en Maguncia y Estrasburgo, todas más raras que la primera de Colonia, si bien ninguna de ellas alcanzó jamás el precio de 100.000 dólares.

De la primera de Maguncia se conocen diecinueve ejemplares impresos en papel y siete en vitela; el que más precio ha alcanzado ha sido uno de estos últimos, por el que Mr. Grenville pagó 6.260 francos.

Repito a usted que la noticia puede ser importante; pero contiene errores que conviene rectificar, cuya rectificación agradecería por lo útil que pudiera serme.

Es de usted afectísimo seguro servidor,

A. González del Río.

**Suscribase a ESPAÑA EVANGÉLICA**



## REUNIÓN DE DESPEDIDA

## EL VIAJE DE ARENALES A AMÉRICA

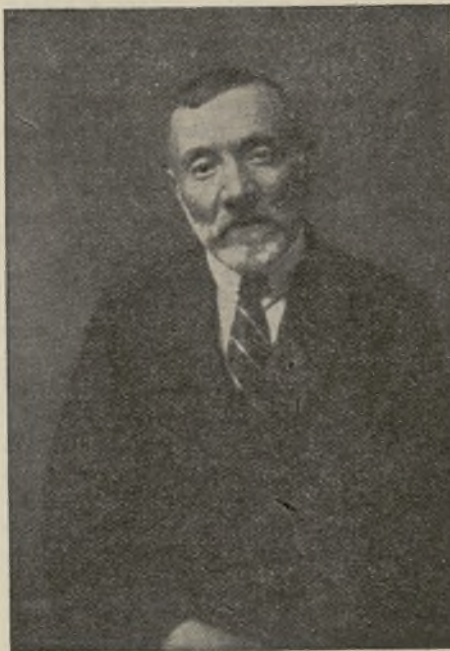
COMO ya saben nuestros lectores, con motivo del próximo viaje de nuestro querido colega D. Agustín Arenales a América, la Redacción de ESPAÑA EVANGÉLICA había organizado una reunión de despedida, a fin de que los evangélicos de Madrid pudieran testimoniarse sus simpatías y buenos deseos.

El acto se celebró en uno de los amplios salones anexas a la iglesia del Redentor, y a pesar de lo desapacible del día, y de haberse puesto precio a la tarjeta de admisión, el local se vió pronto lleno de amigos de D. Agustín, que acudían de las diferentes congregaciones de la capital a despedir a nuestro animoso compañero y a desearle un próspero viaje. Entre los concurrentes al acto, que pasaban de cincuenta, se contaban no pocos pastores y maestros, la Redacción de esta Revista, algunos profesores del Seminario Teológico y el colegio «El Porvenir», los agentes de las sociedades Bíblica y de Publicaciones Religiosas, el presidente de la Unión Cristiana de Jóvenes y numerosas señoras y señoritas, que con su presencia daban al acto mayor animación y significado.

Sirvióse el café y las pastas de rigor, actuando de camareros honorarios, don Fernando Cabrera y D. Juan Flíedner que desempeñaron a conciencia su improvisado oficio, y terminado el café, se hizo silencio, y a ruegos de los organizadores del acto, el Sr. Arenales se levantó para exponer los motivos y finalidades de su próximo viaje a las Repúblicas del Centro y Sur de América.

Verdadera y hondamente emocionado por las pruebas de cariño recibidas, nuestro amigo comenzó su discurso explicando el origen y gestación del proyecto. Dice que con motivo del número de ESPAÑA EVANGÉLICA que apareció el día de la Fiesta de la Raza, habló incidentalmente con D. Teodoro Flíedner sobre lo necesario que era establecer corrientes de simpatía entre los evangélicos españoles y los hispanoamericanos, no sólo por medio de la Prensa, sino enviando a aquellos países un representante que, personalmente, pudiera llevar a los hermanos del otro lado del Océano los cordiales saludos de los que en España luchamos por la extensión del Evangelio, y hablando de corazón a corazón fomentara el interés que en aquellos pueblos, hijos de España, se observa ya a favor de la metrópoli espiritual. Cuenta su sorpresa cuando don Teodoro le indicó que él mismo, que tantas simpatías sentía por esa idea, era el llamado a realizarla. Tal ha sido el origen de este viaje — continúa el orador — que de sueño romántico va a cristalizar en realidad práctica. Luego, con la modestia en él peculiar, D. Agustín expone sus te-

moreos de no ser la persona adecuada para acometer la empresa de llevar a los evangélicos de América los saludos de los de España, y despertar en ellos el interés a favor de la obra en nuestro país. Lo que al principio acepté con regocijo y sin pensar en las dificultades — sigue diciendo — hoy [me preocupa hondamente, a pesar de mi temperamento optimista y aventurero en demasía. Hoy veo las responsabilidades inherentes a la representación que se me confía, y mi ánimo comienza a flaquear. Por esto os agradezco más vuestra adhesión y simpatía, elocuentemente demostradas con vuestra



Rdo. Agustín Arenales.

asistencia a este acto, pues ellas me sirven de aliento y estímulo, porque me dicen que no estoy solo, que lo de menos es mi humilde persona y mis escasas aptitudes, siendo lo principal la representación que me habéis otorgado y la simpatía con que en espíritu me seguiréis en mis andanzas por aquellas remotas tierras.

No voy — continúa — a trabajar exclusivamente a favor de una Iglesia o misión especial. Sin olvidar la Obra a que pertenezco, es mi propósito trabajar a favor de la Alianza Evangélica, para que pueda llevar hasta el fin apetecido la campaña en pro de la libertad de cultos en nuestro país, ideal que cuenta ya en América con entusiastas partidarios; por ESPAÑA EVANGÉLICA; por nuestras instituciones benéficas y culturales; por la obra evangélica en general, para decirlo en una palabra.

Con voz entrecortada por la emoción, termina el valiente campeón de la libertad de cultos prometiendo a los reunidos

comunicarles sus impresiones desde las columnas de este semanario, y solicitando las oraciones de todos a favor del éxito del viaje, que emprenderá (Dios median- te) el 22 del actual.

A continuación, D. Fernando Cabrera, en nombre de la Alianza Evangélica Española, de la que es presidente, auguró al Sr. Arenales el éxito más lisonjero, pues dada la simpatía con que en América son acogidos los literatos, los artistas y hasta los políticos españoles, cabe asegurar que los evangélicos americanos harán, no lo mismo, sino más aún, con el que lleva la representación de los protestantes españoles. Luego leyó las cartas de presentación y saludo que la Alianza y el Hospital han dado a nuestro querido amigo, y después de anunciar que otras entidades, entre ellas ESPAÑA EVANGÉLICA, darian al Sr. Arenales cartas por el estilo, leyó un telegrama de adhesión del pastor de Santander.

D. Juan Flíedner, pastor de la iglesia de Jesús, que habló a continuación, hizo una feliz comparación entre el viaje de Colón y el de nuestro estimado hermano. D. Enrique Lindegard, presidente de la Iglesia Evangélica Española, dijo luego breves palabras, en las que encareció el poder de la fe, que no sólo traspasa los montes, sino que también enjuga los mares, para facilitar el acercamiento de dos continentes.

D. José Caraballo dijo después algunas palabras de simpatía, y a continuación pronunciaron sentidos discursos, que lamentamos no poder reproducir íntegros, D. Adolfo Araujo, agente de la Sociedad Bíblica, que dijo que nadie mejor que don Agustín, español en todo y por todo, podía representarnos en América, y que el viaje de éste en demanda de ayuda significaba que por nuestra parte contraíamos con nuestros hermanos de América el compromiso de trabajar hasta lo último; D. Carlos Araujo, de la Sociedad de Publicaciones Religiosas, que indicó que el Sr. Arenales ya es más que conocido en América por sus trabajos periodísticos; D. Julián Saco, presidente de la Unión Cristiana de Jóvenes; D. Federico Larrañaga, profesor del colegio «El Porvenir», y D. Francisco José Expósito, que tuvieron para el Sr. Arenales palabras de aliento y simpatía que nuestro hermano agradeció en breves y sentidas frases.

Con el himno «Dios te guarde hasta volverte a ver», y una fervorosa oración de D. Juan Flíedner, se dió por terminado el acto, pasando después todos los presentes a estrechar la mano al Sr. Arenales y a desearle feliz viaje. Este es también el deseo de los miembros de esta Redacción, que ya que no en cuerpo, acompañarán en espíritu al animoso y querido colega.



# DE ACTUALIDAD

## El colportor bíblico en la escena

**L** EIMOS en *La Voz*: «Una comedia recientemente estrenada pone en escena un tipo no muy explotado por los autores dramáticos en nuestro país: el vendedor de Biblias.»

Repasando unas cuantas reseñas de teatros vinimos en conocimiento de que la obra donde tal personaje aparecía estaba tan influida por él que hasta tenía un título bíblico: *Grano de mostaza*. Como el teatro en que se representaba esta obra tiene fama de respetuoso con la moral, no temimos que hubiese nada de un doble sentido vituperable en el título escogido; pero, aun así, nos echamos a temblar por la suerte que correría en manos de dos autores cómicos y sobre las tablas de un escenario una figura tan simpática para todo cristiano evangélico español como la del colportor bíblico, el siervo de Dios, humilde, pero no vulgar; sencillo, pero no ignorante; ferviente, pero no fanático, que va por calles y plazas, con su cartera al hombro y algunos ejemplares de la Palabra de Dios en las manos, presentando a todos la oportunidad de adquirir y leer el Libro de los libros.

No era posible perder esta ocasión de ver cómo esta figura tan familiar y estimada para nosotros, era presentada en la escena. Y a verla en la escena fuimos.

Se trataba de una comedia. El argumento era muy semejante al de otras comedias. La originalidad y la fuerza de la obra estaban precisamente en la figura del colportor que durante los tres actos tiene en constante expectación al público.

Desde luego, el tipo está, en una parte, visto por los autores; en otra parte, inventado. Y es en la parte inventada, que no tiene fundamento alguno en la realidad, donde se dan al colportor las cualidades y circunstancias precisas para la comicidad. Viendo los autores al colportor como un hombre muchísimo más instruido que los de su análoga condición social, quieren suponer que desde muchacho se dio a la lectura más que al trabajo y adquirió ciertos vicios menores que acompañan a la ociosidad y que no hacen precisamente del hombre un marido ideal. No hay que tomar estas cosas demasiado en serio. Los autores necesitaban que la cosa fuera así, y así es en la escena, aunque no es así en la realidad.

Pero una vez el hombre en funciones, se le presenta como un entusiasta sincero del libro que propaga, un lector incansable de las sagradas páginas, un propagandista incesante, un citador oportuno de textos. En estas cosas el tipo está bien visto.

No ha faltado a los autores cierta simpatía hacia el tipo en parte visto y en parte creado por ellos. Le hacen ejercer el papel de providencia, de protector de los

buenos y desenmascarador de los malos.

Se le estima por personas del mundo, acostumbradas a discernir caracteres y caracteres. Se le llama *Don Moisés*, aunque su presentación es modesta. Se confía en su veracidad. Se cree de él que debe saber de memoria toda la Biblia, a lo cual modestamente responde que no tanto, pero que intenta saber cada vez más de ella. Y cuando las circunstancias cambian de un modo favorable para el colportor y sale transformado en su indumentaria, y sin la cartera, aun lleva en la mano el ejemplar de la Biblia, como si no fuese posible concebir al hombre sin su libro amado.

Y es de ese ejemplar de donde el colportor, casi diríamos el ex colportor, lee la parábola del grano de mostaza con que termina la obra.

— Don Moisés — le ruegan, respetuosos, sus agradecidos amigos —, diga usted la última palabra.

— No la diré yo — responde —; la dirá este libro. — Y lee los cortos versículos en que se habla de la pequeña simiente que crece y llega a cobijar aves del cielo en sus ramas.

En conjunto, puede decirse que esta primera aparición del colportor bíblico en la escena teatral, y creemos, en la literatura española, testifica a favor de la realidad de su trabajo y de las nobles cualidades que aun los indiferentes no pueden menos de notar en él.

A. ARAUJO.

## De martes a martes.

**La cuestión militar** es el asunto del día; el que ocupa preferente atención, habiendo quedado

todos los demás relegados a segundo término. El teniente coronel Millán Astray, que mandaba los Tercios de Legionarios, ha pedido su retiro del Ejército, y en un extenso documento se ha dirigido al pueblo, explicando el motivo de su determinación, que no es otro que el de no querer seguir en el Ejército «mientras halla en él actuando dos poderes: uno, legal, el del Gobierno, y otro, subversivo, el de las Juntas de Defensa». El ilustre militar hace historia detallada de toda la persecución de que han sido objeto los oficiales y jefes del Tercio, Regulares, y en general, todas las fuerzas indígenas. El pueblo, sin distinción de matices políticos, desde los mauristas hasta los obremos, se ha puesto al lado de Millán Astray, y con manifestaciones por las calles, que han empezado en Madrid y se van extendiendo a provincias, ha manifestado su simpatía por aquél y su protesta por la ingerencia de aquellos elementos en la gobernación del país. Cuando este número entra en máquina

**Se abren las Cortes,** y se dice que el Gobierno está decidido a someter a su deliberación el cada día más grave problema de las juntas. No falta quienes teman que todo parará en una crisis más, que traería un nuevo e indefinido cierre del Parlamento, o en una gran batida oratoria sin transcendencia ni eficacia; porque en las izquierdas como en las derechas faltan hombres que tengan el valor cívico de afrontar la realidad sin miedo a las consecuencias. Precisamente el mismo día en que se hacía público el documento del jefe de la Legión, celebraban, a son de bombo y platillo, las izquierdas dinásticas

**Un mitin en Zaragoza.** Allí, entre varios miles de oyentes, los Sres. Alba, Melquiades Alvarez y García Prieto, expusieron su pensamiento sobre el asunto del día, presentaron su programa de gobierno y pidieron claramente el Poder. Poco falta para que veamos hasta dónde llegan en sus promesas. Abierto el Parlamento, ahí es donde tienen que dar la batalla y abonar con sus hechos las promesas que han ratificado en la ciudad de los fueros. Con una noticia consoladora terminamos hoy esta sección, cual es la de haberse otorgado

**El premio Nobel a Benavente.** Como españoles y amantes de las buenas letras, no podemos menos de alegrarnos de que el premio Nobel de literatura haya sido otorgado a Jacinto Benavente, pues por propios y extraños está considerado como uno de los mejores literatos el autor de *Los malhechores del bien*. El de Física, correspondiente a 1921, ha sido adjudicado al profesor Einstein, y el de 1922 al profesor danés Nielsbehv, y el de Química del año pasado al profesor Soddy, de Inglaterra.

Ya íbamos a poner punto a estas líneas, cuando la Prensa lanza al público la noticia de que el primer acto del Gobierno al abrirse el Parlamento ha sido

**La disolución de las Juntas militares.** El decreto en cuestión, que fué recibido con una verdadera ovación, no sólo disuelve esas Juntas, sino que prohíbe a los militares formar parte de Asociaciones que tengan finalidad con el servicio de las armas, así como jurar o empeñar palabra en todo lo que sea contrario a lo que las leyes y disposiciones vigentes imponen a quienes ingresan en el Ejército. Y ahora, ¿qué se va a hacer?

DOMINGO DE RAMOS.

*La verdad no es una planta de la tierra. — Zoroastro.*

*Tenemos que aprender a cultivar una profunda reticencia en cuanto a los asuntos del alma. — Hermann.*



# INFORMACIÓN EVANGÉLICA

## Esta semana.

**Domingo 19.** — Cultos públicos, con predicación, en todas las iglesias, a las horas de costumbre.



## De Cataluña.

Las Sociedades de Esfuerzo Cristiano de Barcelona, Tarrasa y Sabadell reunieron, el día 1.º del corriente mes, con los esforzadores de la hermosa y pintoresca villa de Rubí, para celebrar, en el salón de las Escuelas de esa villa, una reunión de propaganda evangélica.

Ya en las primeras horas de la mañana de dicho día, día espléndido que parecía querer aumentar el entusiasmo que reboaba en nuestros corazones, un numeroso grupo de esos valientes esforzadores catalanes gozaban ya de las bellezas del campo. En medio de la más franca y cordial alegría transcurrió rápidamente la mañana, y a medida que aproximábase la hora de principiar la reunión, iban llegando los demás esforzadores de sus respectivos hogares. Nos dirigimos a la Casa-Capilla y penetramos en el hermoso local de las Escuelas, habilitado para el acto que iba a celebrarse. Estaba completamente atestado de público. Sin exagerar, diremos que excedíamos de trescientas las personas allí reunidas. De las sociedades de Barcelona asistieron un centenar de esforzadores, 52 de Sabadell y unos 25 de Tarrasa. El resto lo formaban los hermanos de Rubí y un gran número de curiosos. La sala presentaba un admirable aspecto, abundando el elemento femenino, en especial, entusiastas y simpáticas señoritas esforzadoras.

Serían aproximadamente las cuatro de la tarde cuando comenzó la reunión, cantándose el himno «¡A combatir!» A continuación el Rdo. Lord, que ocupaba la presidencia, elevó una oración al Señor, leyó el capítulo III del Evangelio según San Juan, y una vez terminado, D. Juan Capó diónos la bienvenida en nombre de los esforzadores de Rubí. Le contestó, en nombre de las demás sociedades allí reunidas, el Sr. Sancho, pronunciando un hermoso y elocuente discurso. Cantóse el himno: «¡Camaradas!, en los cielos...», y a continuación, el Rdo. Busquets nos dirigió su palabra. Fundó su discurso en la fiesta que celebra en ese día la Iglesia Romana. Leyó el versículo 10 del capítulo IX del Eclesiastés e hizo algunas acertadas consideraciones sobre este punto. Después de cantarse el himno «Despliegue el cristiano su santa bandera», tuvimos el privilegio de oír al veterano en el Evangelio, D. Luis de Vargas. Pronunció un discurso interesantísimo. Tuvo algunos párrafos estupendos, en particular aquel en que nos habló de un señor del Ayuntamiento de Barcelona, que ha dicho que en Cataluña no hay minoría religiosa. «Debe-

ría — dijo — estar aquí el Sr. Maynés para convencerse de lo erróneo de sus palabras.» Otro himno, «Por Cristo y la Iglesia»; y del Rdo. Antonio Estruch oímos un entusiasta y valiente parlamento. Tuvo párrafos brillantísimos, consiguiendo entusiasmar a los esforzadores que le escuchaban. Hizo alusión al hecho de que la Unión Jurídica Catalana ha reñido con el obispo de Tortosa porque ha prohibido a sus canónigos el uso del catalán en las sesiones capitulares, cuando la misa no la pronuncian precisamente en catalán y no protestan por ello. Finalmente, el Rdo. Bowers dijo no haber acertado el tema, pues pensaba hablarnos del cansancio que parecía haber entre los esforzadores, y le quedaba en esa reunión plenamente demostrado lo contrario. Estuvo muy acertado en su discurso. Para terminar, se cantó el himno «Dios te guarde», y el reverendo Lord despidiónos con la bendición.

En resumen: fué un día pleno en bendiciones del Señor. Los esforzadores regresamos a nuestros hogares llenos de entusiasmo para proseguir la obra de evangelización en nuestra patria.

Que el Señor bendiga la semilla esparcida aquella tarde en la villa de Rubí. — *Heriberto Estruch.*



## De Villaescusa.

El Domingo, 5 del actual, a las tres de la tarde, celebró su reunión de compañerismo la Sociedad de Esfuerzo Cristiano de Villaescusa, resultando dicha reunión una de las más animadas de cuantas lleva celebradas esta antigua Sociedad. Se cantaron los himnos «¡A combatir!», «Dulce voz del cielo», «¡Oh, jóvenes, venid!» y «Todo por Cristo»; se pronunciaron varios discursos llenos de entusiasmo, y se elevaron muchas y fervientes oraciones. El salón donde esta reunión se celebró se hallaba adornado con guirnalda y banderas, destacándose en su fondo, en letras amarillas, sobre un gran lienzo rojo, el lema del Esfuerzo Cristiano: «Por Cristo y la Iglesia.»

Que el Señor siga bendiciendo nuestra Sociedad y las demás es lo que todos deseamos. — *Delfín Domínguez.*



## SECCIÓN FINANCIERA.

**Unión Española de Esfuerzo Cristiano.** — Donativos y colectas de la Reunión de Compañerismo: Sociedades de Madrid (Beneficencia), 15 pesetas; ídem de Bilbao, 9; ídem de Zaragoza, 5,05; ídem de Santander, 14; Sociedad de San Sebastián, 5; ídem de señoritas, Barcelona (Diputación), 15. *Total*, 63,05 pesetas. — El Tesorero, *Fernando Cabrera.*

**Donativos recibidos en esta Administración para «El Amigo de la Infancia».** — Escuela Dominical de Madrid (Beneficencia), 5,50 pesetas; ídem de Madrid (Calatrava), 16,30; ídem de Santander, 34,30; ídem de Sevilla (San Agustín), 10; ídem de Utrera, 7; ídem de Cartagena, 9,30; ídem de Salamanca, 3,50; ídem de Barcelona (Diputación), 16; Evangélicos de Infantes, 1,75; Iglesia Bautista de Alicante, 10; ídem de Ibañerando, 12,50; J. Timoner, Granada, 2; N. Busquets, Tarrasa, 5; A. Digón, San Sebastián, 5. *Total*, 138,15 pesetas.

**Cuentas del Hospital Evangélico.** — Recaudación del mes de Octubre de 1922. — Madrid, Señores F. Romero, 1 peseta; V. Medina, 1; R. Poncel, 1; V. Huelves, 1; P. y S. Rojo, 2; J. Barrero, 3; F. Orejón, 2,50; E. D., 3; A. Rodríguez, 1; M. L. D., 2; W. G. F. Laurie, 145,75; C. Reverte, 1; D. Reverte, 1; N. Casarrubios, 1; A. Araujo y señora, 2,50; A. Gordo, 1; F. Rubio, 2; P. Fernández, 2; A. Boadilla, 3; A. Barranco, 1; B. Victoria, 3; I. Morcillo, 1; F. Vilchez, 1; J. Moreno, 1; F. Bañeras, 2; M. Loreto, 1; T. Horna e hijo, 5; N. Primo, 2; F. Serrano, 2; M. Vázquez, 5; E. Grasa, 5; J. C., 1; A. de S. Eufasio, 2; Iglesia Santísima Trinidad, 10; A. del Corte, 1; C. del Corte 1; R. Pérez Caballero, 3; P. Cabrera, 2; E. del Pozo, 2; M. Moreno, 5; J. de Vegas, 1; B. Izaguirre, 10; Mrs. Merrill, 50; J. Saco, 12; M. de la Peña, 6; F. Nieto, 2,50; M. Sánchez, 2,50; D. Ortega, 5; C. Ortega, 5; R. Navarro, 5; P. Casarrubios, 3; dos hermanos de Chamberí, 10; S. Perdiguer, 10; Iglesia de Chamberí, tercer trimestre, 60; M. Clemente, 1; R. P. de Casarrubios, 1; señores Bravo y familia, 3; Anónimo, Chamberí, 25; S. Moreno, 3; C. Canillas, 1; C. Faithfull, 14,55; señores Rhodes, 10; Un Evangélico, 12; abonado por D.ª Clotilde Pons, 93, Cepillo de la Iglesia del Salvador, 11,90; G. Douglas, 30.

Uruguay: I. M. Díaz, 145.

Centenillo: J. Barrionuevo, 5; M. Molina, 5; R. Parrilla, 5.

Castrogonzalo: Iglesia evangélica, por A. J. Shalits, 25.

Zurich. E. Tanner Arrou, 11,80; E. Rüegg, 5,90.

La Línea: R. Conde y esposa, 8.

Muchas gracias a todos los donantes.

## RESUMEN

Total de lo recaudado en el mes . . . . . 830,90  
Balance anterior . . . . . 670,86

**TOTAL** . . . . . 1.501,76

Total de lo gastado en el mes . . . . . 556,90

**Balance actual en Caja** . . . . . 944,86

Madrid, 31 de Octubre de 1922. — *Enrique Lindgaard.*



## REGISTRO

**Nacimientos.** — El hogar de nuestros queridos amigos, D. Miguel Casanova y D.ª Julia Llaudet, de la Congregación de Rubí, ha sido bendecido por el Señor con el nacimiento, ocurrido el 20 del pasado Octubre, de un niño, a quien sus padres han puesto el nombre de Eliseo. Nuestra más cordial enhorabuena.

**Fallecimiento.** — El día 7 del corriente falleció, en el Puerto de Santa María, después de larga y penosa enfermedad, sufrida con gran resignación cristiana, la Sra. D.ª Ana de Vargas, hermana del pastor de Cádiz.

El entierro se efectuó en el cementerio civil.





(Continuación.)

— Señor Jesús — dijo —, Tú me ves y sabes dónde y cómo me encuentro. Sé que sufro sin motivos, como Tú también lo sabes, y que por lo tanto no tengo nada que temer. Sin embargo, te suplico que no me abandones, y que Tú hagas que me traten bien, mientras por tu voluntad tenga que estar en esta casa. Haz, Señor, que pronto se declare mi inocencia y pueda volver entre mis amigos y hermanos en la fe. Señor, quiero dejar de pensar en mí, para pensar en mi esposa y en mi hija querida. Te suplico que estés con ellas también, y las perdones y las ayudes; y si es tu santa voluntad, ¡oh, mi Salvador!, haz que pronto tenga el gozo de reunirme con ellas.

En aquel momento se oyeron pasos y voces en el pasillo. La puerta del calabozo se abrió, y aparecieron dos hombres. Uno traía un farol encendido y una manta, y el otro traía una bandeja con pan, queso y una taza que humeaba.

— Señor, ha tenido usted más suerte de lo que yo creía; el señor director, al verle tan bien vestido ha creído que es usted un marqués o algo parecido — dijo el carcelero —. Aquí le traemos lo que ha pedido, y algo más. Aquí tiene usted una buena manta, algo para que cene y, además, le encenderemos el candil. Enciende ese candilejo, Juan — le dijo al otro, el cual obedeció —. Ahora, señor — dijo dirigiéndose a Esteban —, si no manda otra cosa, nos retiramos, y «mañana será otro día».

— No tengo nada que decir — respondió Esteban —, sino que déis las gracias al señor director, y que el Señor les pague lo que hacéis por mí.

— Yo creo — dijo el carcelero — que como usted no nos pague, lo que es el Señor...

— Amigo — le dijo Esteban —, el Señor hace siempre por nosotros más de lo que merecemos, pues hasta ha dado su vida en la cruz por nosotros.

— Todo eso está muy bien — dijo el carcelero —; pero nosotros lo que necesitamos es dinero, y no sermones.

— Bien, amigos; tomad, para los dos; pero no olvidéis lo que os he dicho.

Y puso en la mano del carcelero una moneda de plata de cinco pesetas.

— Muchas gracias y hasta mañana — dijeron los hombres —. Que pase buena noche.

Y diciendo esto, volvieron a cerrar la puerta y desaparecieron.

Esteban, a pesar de su desgracia, cansado de los acontecimientos y sufrimientos del día, durmió tranquilamente sobre la tarima hasta el amanecer. A las ocho de la mañana volvió el carcelero, recogió los restos de la cena y le dijo que al mediodía vendría el juez. Efectivamente, a las doce entró el juez en la cárcel, con el secretario y el alguacil, y mandó que trajesen a Esteban a su presencia. Este compareció tranquilo, esperando que Dios habría oído sus oraciones y que su inocencia resplandecería al fin y al cabo. Y así sucedió realmente; pues el juez, impresionado por el tono de sinceridad de Esteban y por la carta de su maestro, hizo llamar por teléfono a don Eugenio Cambriles, el cual confirmó que don Jaime Ferrer le había avisado días antes, por carta, la llegada de un oficial suyo, llamada Esteban Adalid. Comparadas ambas cartas, se vió que estaban escritas de la misma letra, y el juez no vaciló un momento en poner en libertad a Esteban, quien salió acompañado de don Eugenio, no sin dar muchas gracias a Dios.

Andando y comentando lo sucedido, pasaron por la puerta de un café, y don Eugenio dijo a Esteban:

— Vamos, Esteban; tomaremos aquí café y descansaremos un poco, que mi casa está todavía muy lejos.

— Como usted guste, señor — le dijo Esteban.

Y ambos se dirigieron al café. Cuando ya iban a entrar, les cortó el paso una mujer flaca y andrajosa, que les tendió la mano, diciendo:

— ¡Caballeros, por el amor de Dios, una limosna para mi hija enferma! ¡No lo hagáis por mí; hacedlo por mi hija que está muy enferma, y no tengo nada que darle!

Al oír aquella voz se pararon los dos, y echáronse mano al bolsillo; pero al volver Esteban la cabeza para dar a la pobre una limosna, resonaron dos gritos simultáneos:

— ¡María!

— ¡Esteban!

Y la pobre mujer cayó sin sentido en brazos de su esposo.

— Pero, ¿qué es esto, Esteban?, ¿quién es esta mujer? — dijo don Eugenio sobresaltado.

— Es mi esposa, señor; mi esposa, que me había abandonado sin razón, para venir a verse en este miserable estado. ¡Pobre María! ¡María! ¡María! — gritaba Esteban —. ¿Dónde está nuestra hija? ¿Dónde

está mi Luisita, mi hija del alma? ¡Pobre hija mía!

Pero María no volvía en sí, y el tiempo pasaba y los transeúntes se paraban, atraídos por la curiosidad. Entonces, don Eugenio, apartándose un poco del grupo, dijo a un chico que buscara un coche de alquiler, y venido el coche, depositaron en él a María; subieron también Esteban y don Eugenio, y éste dijo al cochero:

— ¡A mi casa! Ya sabes, calle Ancha, 63.

Una vez en la casa, ya libres de las miradas y comentarios de los curiosos, don Eugenio pudo hacer algunas preguntas a Esteban, y éste le explicó lo mejor que pudo, el asunto de la huida de su esposa y su hija, los esfuerzos que había hecho para encontrarlas y cómo ahora, por la Providencia y voluntad del Señor, la había hallado al fin.

— Ahora me alegro en el alma, señor — dijo Esteban — de haber estado en la cárcel. Bendito el Señor que así ha dispuesto las cosas, pues de otro modo me hubiese ya marchado de la capital sin tener el gusto de verlas. Ya tengo a mi esposa y pronto veré también a mi hija, mi querida hija. Bendito sea el Señor, que así lo ha dispuesto todo para bien.

La esposa de don Eugenio hizo acostar a María en una buena cama, y habiéndole dado a oler un botecito que trajo, abrió María sus ojos y empezó a darse cuenta de su situación. Al ver a Esteban a su lado, le dijo:

— ¡Oh, Esteban, perdón! ¡Te he ofendido mucho! Lo considero y me arrepiento de todo corazón. Ahora he comprendido que todo cuanto me decías era la verdad, y que el Señor me ha castigado; pero estoy arrepentida de todo. ¿Me perdonas, Esteban? ¿Verdad que me perdonarás?

— Sí, María, sí; por mí estás perdonada, y creo que Dios también te perdonará. No pienses ya más en eso. Pensemos en nuestra hija. ¿Dónde está nuestra hija? Dimelo. Yo iré por ella y la traeré con nosotros.

— ¡Oh, es verdad! — dijo María recordando —. ¡Mi hija, nuestra querida Luisita! No podrás traerla, Esteban. Está muy enferma. No quiero que veas dónde está. No vayas, Esteban; yo iré y la traeré.

(Se continuará.)

## ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

DIRECCIÓN NOVIADO, NÚM. 3 MADRID - 8 -	ADMINISTRACIÓN BENEFICENCIA, NÚM. 18 MADRID - 4 -
--	---

### Precios de suscripción:

	Pesetas.
España: Un año . . . . .	8
• Seis meses . . . . .	4
Extranjero: Un año . . . . .	15
• Seis meses . . . . .	8

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.

Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos



## Esfuerzo Cristiano

Dom., 26 de Noviembre. Sal., 139, 1-12.

### La presencia de Dios.

#### Lema para la reunión.

«En El (Dios) vivimos, y nos movemos, y somos.» (Hech., 17, 28.)

#### Ensayo de discurso.

El sentimiento de la presencia de Dios es uno de los principales factores de nuestra vida moral. Aunque tengamos profundas convicciones cristianas, si nos olvidamos de que Dios nos ve, nos acompaña y nos rodea, este olvido puede tener consecuencias perjudiciales para la vida de nuestra alma. En El vivimos, nos movemos y somos; pero lo que importa es darnos cuenta de esta vida y de este movimiento en El. A Abraham le mandó Dios: «Anda delante de mí, y sé perfecto», y lo mismo podremos considerar que nos ordena a nosotros. Andar delante de Dios es vivir con la conciencia de que tenemos delante de nosotros un Señor que ve nuestro servicio, un Juez que nos observa continuamente; mas los cristianos sabemos que ese Juez, ese Señor, es un Padre en Jesucristo.

El sentimiento de que Dios nos conoce, si le conocemos a El como un Sér perfecto, ha de influir poderosamente en nuestro perfeccionamiento: «Sed santos como yo soy santo», es un mandamiento cuya observancia necesita el sentimiento de la presencia de Dios.

#### Sugestiones bíblicas.

Dios sabe adónde van mis caminos y de dónde vienen; yo solamente sé dónde están. (V. 3.)

Yo estoy rodeado por Dios delante y detrás; pero no como por un ejército enemigo, sino como por una muralla protectora. (V. 5.)

Nosotros no podemos comprender cómo Dios nos conoce y nos rodea tan perfectamente, pero mientras más pensemos en El, más nos aproximaremos a este superior conocimiento. (V. 6.)

¿Hay mayor locura que querer huir de la guía y protección de Dios, rechazando con desprecio sus bendiciones? (V. 10.)

#### Temas para pensar.

¿Cómo puedo yo realizar la presencia de Dios?

¿Cómo puedo yo hacer uso del conocimiento de la presencia de Dios?

¿Cómo puedo yo contribuir a que otros se den cuenta de la presencia de Dios?

#### Pensamientos.

Cristo marchó de la tierra, pero envió su Espíritu para que pudiéramos pensar de Dios, no como si estuviésemos sólo en Palestina, sino como estando en España, en Francia y en todas partes.

Sólo una cosa hace que Dios se aleje de nosotros: el pecado; pero entonces no se aleja como juez.

Podemos ir a todas partes donde haya aire, y este elemento lo encontramos como una capa que rodea todo el Globo. Dios es para nuestro espíritu como el aire para nuestro cuerpo.

La brújula señala el polo lo mismo de día que de noche. Así, si nuestro corazón es fiel a Dios, El está delante de nosotros, lo mismo en las tempestades que en los días serenos.

Antes de orar a Cristo, recordadle en algunas ocasiones de su vida, bien curando al paralítico o al ciego Bartimeo, bien

en el hogar de Betania o calmando la tempestad, y recordad que tal como era en la tierra, así es ahora para los que le invocan y le aman.

#### Referencias bíblicas.

Mat., 6, 4; 1.º Sam., 16, 7; 2.º Sam., 7, 20; Job., 10, 4; Sal., 10, 13 y 14; Sal., 33, 18; Prov., 3, 33; Eccl., 12, 15 y 16; Mat., 18, 20; 28, 20; Juan, 14, 17, 26; 15, 16.

### Sociedades infantiles.

Dom., 26 de Noviembre. — ¿Qué pueden hacer los niños para Cristo? (Proverbio, 20, 11.)

Lunes . . . Pueden alabar a Dios. . . Mat., 21, 15 y 16  
Martes . . . Pueden ayudar en la casa de Dios . . . 1.º Sam., 2, 18.  
Miércoles. Deben conocer la Biblia . . . 2.º Tim., 3, 15.  
Jueves . . . Deben dar buen ejemplo . . . 1.º Tim., 4, 12.  
Viernes . . . Deben ser obedientes . . . Col., 3, 20.  
Sábado . . . Deben hacer lo bueno . . . 1.º Juan, 3, 7.

¿Qué podéis hacer para Cristo en nuestra Sociedad? ¿Qué podéis hacer para Cristo en vuestras casas? ¿Qué en el Colegio? ¿Qué en vuestros juegos? ¿Cómo puede Cristo ayudarnos a hacer cosas por El? ¿Por qué no le gustan a Jesús los niños holgazanes? ¿Qué es un niño holgazán en su servicio? ¿Cómo recompensa Jesús a los que trabajan por El?

## Domingo de la Prensa.

### Donativos y colectas para ESPAÑA EVANGÉLICA.

	Pesetas.
Suma anterior . . . . .	659,02
Capilla Bautista, León . . . . .	5,50
Iglesia Evangélica, San Fernando. . . . .	10,—
Iglesia Evangélica, Córdoba . . . . .	10,—
Iglesia Bautista, Valdepeñas. . . . .	7,—
Iglesia del Salvador, Tarrasa . . . . .	10,—
Esfuerzo Cristiano, ídem . . . . .	10,—
Nicolás Busquets, ídem . . . . .	3,—
Evangélicos de Torralba de Calatrava. . . . .	3,—
Marina y Lidia Rodríguez-Cruza-do, Bilbao . . . . .	5,—
Iglesia Evangélica, Santa Amalia. . . . .	15,—
Iglesia Evangélica, Pradejón. . . . .	2,60
Iglesia Evangélica, Alicante . . . . .	51,—
Iglesia Evangélica, Ibañernando. . . . .	12,50
Capilla Bautista, Sumacárcel. . . . .	3,40
Audelino G. Villa, León. . . . .	0,50
Esfuerzo Cristiano, San Sebastián . . . . .	16,—
Ángel Digón y familia, ídem. . . . .	15,—
Junta Directiva de la Unión Cristiana de Jóvenes, Madrid . . . . .	15,—
Algunos suscriptores de ESPAÑA EVANGÉLICA, Aguilas . . . . .	23,—
Faustino Ortiz, Madrid . . . . .	1,—
<b>TOTAL. . . . .</b>	<b>848,52</b>

### Profesor:

Se necesita para ocupar la vacante producida en la Escuela Evangélica de niños de la Misión de FIGUERAS, por trasladarse a Sevilla el que en la actualidad la desempeña. Con tal motivo se ruega a todo solicitante que, al pedir las condiciones, sean lo más explícitos posible, manifestando las circunstancias que reúnan, a fin de ahorrar tiempo y dinero. Diríjanse a la calle de Don Pedro III, 39.

## Escuela Dominical

Revista: «He peleado la buena batalla.»

26 de Noviembre. 2.º Tim., 4, 1-8, 16-18.

TEXTO AUREO: *He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, Juez justo en aquel día.* — 2.º Tim., 4, 7 y 8.

El libro de los Hechos de los Apóstoles termina dejando a Pablo preso en Roma, en su casa de alquiler, y disfrutando de relativa comodidad. Según todas las probabilidades, el Apóstol fué absuelto al verse su causa, y reanudó sus viajes misioneros. Poco tiempo después, ocurrió en Roma aquel terrible incendio que redujo a cenizas gran parte de la ciudad. Corrióse el rumor de que el mismo Emperador Nerón lo había causado, como efectivamente era verdad. El infame tirano, para despistar la opinión pública, acusó a los cristianos, y con este motivo se desató una furiosa persecución contra los discípulos de Cristo, en la cual fueron martirizados de varias maneras, a cual más crueles, millares de ellos.

Durante esta persecución fué encarcelado Pablo; bajo qué acusación, no lo sabemos. Pero sabemos, por la segunda Epístola a Timoteo, precioso documento que ha preservado para la posteridad los sentimientos y esperanzas del gran Apóstol en vísperas de su martirio, que su prisión era incómoda y fría. Pide el capote que se había dejado en Troas, probablemente al ser precipitadamente arrestado. Se siente solo, abandonado de todos sus amigos, excepto Lucas, el médico amado. Se queja de que en su primera comparecencia ante el Tribunal, ningún amigo se puso a su lado para decir una palabra en su defensa; pero el Señor le ayudó y le dió fuerzas para cumplir, una vez más, su deseo de predicar a Cristo.

El anciano caudillo no ha perdido nada de su valor y heroísmo al acercarse a la muerte. Está ya para ser ofrecido, como un sacrificio, por la causa de su Salvador y Maestro. El tiempo de su partida está cercano; la palabra griega quiere decir el acto de soltar las amarras un buque para darse a la vela; no como barco naufrago, sino como hermoso bajel que siente el llamamiento de los anchos mares, el espíritu de Pablo se apresta a emprender su viaje por el mar de la eternidad.

Ha peleado la buena batalla contra el pecado, el error, el mal, la única «guerra santa» que el hombre puede pelear; ha terminado la carrera, como los atletas en los juegos, llegando hasta la meta; ha guardado la fe, manteniendo encendida hasta el fin, y más brillante cada vez, la antorcha que alzó al empezar, y que ahora puede pasar, como los corredores en la carrera de antorchas lo hacían, a otras manos más jóvenes que la lleven adelante. Le está guardada la corona de justicia que el Señor le dará, no sólo a él (Pablo no puede ser egoísta ni aun a la hora de morir), sino a todos los que aman su venida; y nadie puede amar la venida de Cristo sino los que aman al mismo Cristo.

¿Cuál es la última carta que tenemos de Pablo? ¿Dónde la escribió? ¿Qué le esperaba? ¿Qué dice él mismo de su vida? ¿Qué seguridad tenía?